



El sapito

José Luis Torres Vitolas



EDICIONES
ALTAZOR

El sapito

José Luis Torres Vitolas

El sapito



EDICIONES
ALZATOR

EL SAPITO

José Luis Torres Vitolas

Colección Caracolitas

7

© *José Luis Torres Vitolas, 2009*

© *Ediciones Altazor SRL, 2009*

1ª edición: junio, 2009

2ª edición: junio, 2011

Ilustraciones interiores y portada: José Luis Torres Vitolas

Diagramación: Humberto Peñaloza

Ediciones Altazor SRL

Jirón Tasso N° 299

San Borja (Lima, Perú)

Tlf: (00 511) 593 8001

www.edicionesaltazor.com

info@edicionesaltazor.com

Tiraje: 2000 ejemplares

Impresión: Gráfica Alporc SAC

Jr. Castrovirreina 878-Breña

ISBN: 978-9972-839-97-9

Registro del Proyecto Editorial: N° 31501300900525

**Hecho el depósito legal
en la Biblioteca Nacional del Perú:**

N° 2009-09650

IMPRESO EN LIMA, PERÚ

AGOSTO DE 2009

ÍNDICE

Capítulo I: ¡Croac!	9
Capítulo II: La naranja amarilla	15
Capítulo III: El primogénito	19
Capítulo IV: El bosque embrujado	29
Capítulo V: Blancanieves	45
Capítulo VI: El príncipe desencantado	59
Capítulo VII: El sueño	67

Capítulo VIII: Gastón	77
Capítulo IX: Cielo	95
Capítulo X: El castillo azul	101
Capítulo XI: ¡Prinzeza!	107

Capítulo I

¡Croac!

Lo que voy a contar ahora empezó ayer, al llegar a casa. Yo había salido a comprar unas galletas a la tienda y, de regreso, decidí cruzar el parque para cortar camino. Fue en ese momento cuando oí una pequeña voz ronca a mi costado.

— Buenaz tardez. ¿Ha vizto uzted a mi Prinzeza?

De inmediato volteé pero no vi a nadie cerca. “¿Qué raro?”, pensé e iba a reem- prender la marcha cuando, de nuevo, la misma voz me detuvo.

— ¡Croac! Tenga uzted cuidado que me piza... ¿Qué no ve que zoy un prínzipe encantado?

— ¿Có-cómo? ¿Un sapo? — me agaché sorprendido.

— Un zapito... — me corrigió —. Cuando dizen “zapo”, zuena feo.

— Lo siento... ¿Puedes hablar?

— Desde luego — dejó sobre el césped una pequeña maleta de cuero que llevaba en las manos — . ¿No le he dicho hace un momento que soy un príncipe encantado?

— ¿De verdad?

— Puez claro que zí... Ez una hiztoria muy larga y algo trizte. Pero zolo un poquito porque cuando encuentre a mi Prinzeza y ze rompa el hechizo...

— Perdona que te interrumpa, pero pronto va a oscurecer y no es bueno que estés en la calle de noche... ¿Tu casa está cerca?

— No... Eztá en un paíz muy lejano, al otro lado de laz montañaz, muy zerca de un lago enorme que no tiene nombre y un bozque embrujado.

— Entonces... ¿estás perdido?

— Nada de ezo... Yo eztoy de viaje. ¿No ve mi maleta de cuero?

— Ah... Claro... claro...

— Eztoy buzcando a mi Prinzeza. ¿La ha vizto?

— No.

— ¿Eztá zeguro? Ezta mañana doz niñoz me dijeron que ella eztaba por aquí.

– Bueno, yo trabajo en casa y no salgo mucho a la calle – traté de animarlo –. Quizá por eso no la he...

– ¡Croac! ¡Ezo ez! Ella debe eztar muy zerca. ¡Ahora mizmo voy a buzcarla!

– Espera... ¿No te parece que ya es muy tarde? Puede ser peligroso.

– ¡Yo zoy valiente!

– Eso veo, pero si tu Princesa está cerca, ¿no crees que ella debe estar ahora dentro de su castillo o en sus aposentos?

– Uzted tiene razón...

– Se me ocurre una idea: ¿qué dices si vamos a mi casa y descansas allí toda la noche?

El sapito se quedó quieto mirándome en silencio.

– Vamos... Estoy solo. Mi esposa ha salido de viaje por unos días y me gustaría conversar con alguien. Además, mira, tengo estas galletas que acabo de comprar...

– ¿Zon de vainilla?

– Sí... – saqué el paquete extra grande que tenía en la bolsa.

– Mmm... ¡Ezaz zon deliziozas!

– ¡Claro! ¿Qué decides? ¿Vienes?



– Eztá bien.

– ¡Estupendo! Y ya verás que mañana encontrarás a tu Princesa. Yo te ayudaré. Lo prometo.

– Ez uzted muy amable. Apenaz ze rompa el hechizo y recupere mi reino, lo recompensaré como ez debido... Ze lo aseguro...

– Muchas gracias –le dije y juntos empezamos a caminar rumbo a mi casa.

Capítulo II

La naranja amarilla

— ¡Croac! ¡Eztaz galletaz eztán zabrozízi-
maz! Y zi lez agregaze unaz mozquitaz...
¡Mmm...!

— Me alegra que estés a gusto... Dime,
¿hace cuánto tiempo llevas buscando a tu
Princesa?

— Haze mucho... Tanto que ya no me
acuerdo...

— ¿Y cómo es ella?

— Ez prezioza... — abrió su maleta y
sacó del interior un pequeño cuaderno
rojo—. Aquí tengo varioz dibujoz.

Por un momento lo miré incrédulo.
Abrí la tapa y pasé las hojas, pero no
encontré el retrato de ninguna chica. Vi mu-
chos garabatos con lápices de colores que
simulaban muy torpemente manzanas, flo-
res, arco iris, cerros, ríos, aves volando y
así una infinidad de cosas. También vi algo
como un poema. Tenía un título que no en-

tendí muy bien. Decía algo así como “El castillo azul” o algo parecido.

– ¿No ez hermoza?

– Perdóname, pero todavía no la he encontrado...

– ¡Ez imposible! Allí zolo eztá ella.

– Pues creo que te equivocas, mira – le mostré el cuaderno – . Por ejemplo, aquí solo hay una pelota amarilla.

– ¡Eza no ez una pelota...! Ez una naranja.

– ¿Amarilla?

– Ez que aquella vez no tenía ningún lápiz de eze color .



— Entonces, ¿ya ves? Ese dibujo no es sobre ella.

— ¡Claro que zí!

— Ah... Es gordita, ¿no?

— No. A mi Prinzeza no le guzta comer mucho porque zabe que zi uno ze lleva a la boca máz de lo que nezezita, le eztá quitando a otro zu alimento. En mi charco nunca nadie come demáz... y zegún zé, ningún animal lo haze...

— ¿Entonces? Si ella no es obesa, ¿porque la dibujaste así de redonda?

— Porque yo ziempre pinto lo que ziento.



— ¿Y a tu Princesa la sientes como una naranja?

— No, a ella no... Zon zuz bezitoz loz que ziento azí...

— Ajá... —sonreí—. Eso significa que ya una vez estuvieron juntos...

— Ya quiziera... —el sapito se alejó hasta el centro de la mesa y tomó una galleta de vainilla—. Hazta ahora zolo la he zoñado.

— ¿Y la has podido ver?

— Todaz laz nochez...

— Qué suerte... ¿y allí ya eres un príncipe?

— No... —resopló apenado.

Luego, saltando se dirigió a su taza que estaba al otro lado de la mesa, humedeció la galleta en la leche tibia y empezó a comerla. Estuvo así, mudo, por un largo rato hasta que de pronto, habló:

— ¿Zabe? A vevez tengo miedo...

— ¿De qué...?

— De no eztar encantado... —dijo y volvió quedar en silencio.

Capítulo III

El primogénito

Varias horas después, el sapito se levantó de la mesa para irse a acostar en el cuarto de huéspedes.

— Buenas noches.

— Hasta mañana... Espero que sueñes con tu Princesa.

— Graziaz... Zeguro que zí... — contestó y cerró la puerta de la habitación.

En la mesa quedó su cuaderno rojo. A pesar de que era muy tarde, permaneció sentado. No tenía sueño porque en su mente estaba presente aún lo que hacía unos minutos habían terminado de hablar.

Conversamos sobre sus aventuras y, sobre todo, de cómo empezó su viaje.

Él nació en una pequeña casa de tejas coloradas y paredes blancas, muy próxima a las afueras, pero más cerca de los adentros de un pueblito lejano y antiguo.



— ¡Ese es mi primogénito! — croó contento aquella vez su papá.

— Es hermoso...

— ¡Por supuesto, vecina! ¡De tal palo, tal astilla!

— Oh... oh — la mamá suspiró enternecida al ver que de los otros huevos salían los demás pequeños.

Ese día hubo una fiesta por todo lo alto. Amigos y vecinos se acercaron a la casa y los felicitaron.

— ¿Han visto al mayor! — el papá inflaba su pecho orgulloso — . ¡Él sí que será todo un Sapo, con "S" mayúscula, caramba! ¡Vaya que sí!



Pero pasó el tiempo, y eso no ocurrió.

Desde muy pequeño él presentó signos de una tozudez muy digna en un burro, pero no propia de un sapito. En la escuela, cuando le enseñaban a croar, a saltar de hoja en hoja por el charco, a subir de rama en rama avisando la proximidad de un aguacero, a estirar la lengua para atrapar mosquitos, a ponerse crema para que los granitos se vean más lustrosos..., en fin, mientras le enseñaban todo lo que un buen sapito debía saber si deseaba convertirse en un sapo hecho y derecho, o sea, en un sapo decente con "S" mayúscula como decía su papá, él, terco a rabiar, insistía en que no era sapo ni qué cuernos, sino que él era un príncipe encantado como ese que aparece en un cuento de hadas que había escuchado una vez.

Muy convencido de lo que afirmaba, dedicó varias horas del día a estudiar las maneras sublimes y reales de comportarse. Sus compañeros y hermanos se burlaban de él, sobre todo, de sus parsimonias y rimbombantes ademanes. Solían

arrojarle piedras al verlo y le impedían nadar en el charco a cuyas orillas estaba afincado el pueblo. No pasó mucho tiempo hasta que su familia decidió desconocerlo por completo y se convirtió en la vergüenza del lugar.

A pesar de la adversidad, su ánimo no decayó. Apartado de todos se instaló en un pequeño hoyo, más cerca de las afueras del pueblo que nunca.

Desde allí, todos los días, poco antes del amanecer, salía temprano e iba al poblado de los humanos, cruzando el recodo que estaba prohibido para los otros sapos. Se metía en una pequeña cabaña donde vivía un viejo sastre y permanecía mirándolo ensimismado. Abría sus enormes ojos y se imaginaba a sí mismo con los hermosos trajes que usaban los príncipes. Atento a cada detalle, aprendió las artes de remendar, zurcir, coser y confeccionar. Durante tres noches robó al viejo sastre un poco de cuero y de esa tela que tanto le gustó. Ya en casa, pensando en recompensar al buen anciano una vez roto el hechizo y recuperado su reino, se



puso a coser cuidadosamente un traje blanco, bellísimo; majestuoso.

Semanas después, luego de haber terminado el traje con algunos retoques a su gusto, procuró averiguar el lugar donde vivía aquella princesa de besito desencantador. Así, salto tras salto se dirigió hacia la escuela humana local. Oculto en un rincón del salón, aguardó quieto durante las clases. Esperó y esperó hasta que todos hubiesen salido. En el recreo, aún midiendo sus brincos, un tanto sigiloso y lleno de ansiedad, se encaramó a la carpeta de la profesora. Trepó con mucho esfuerzo y, una vez arriba, fisgoneó entre los libros. En uno de ellos, muy bonito, ilustrado con figuras de muchos colores, halló aquel cuento que de pequeño oyera por casualidad. Allí estaba la historia completa de la princesa y del pobre príncipe encantado. Entonces, memorizó bien el nombre de ese país recóndito y lejano y estaba tan contento, que hasta emitió dos “¡Croac! ¡Croac!” de gusto. Pero eso pasó muy rápido a ser susto, pues un par de chiquillos casi lo atrapan al oírlo. Pero

él corrió y corrió y corrió sin detenerse hasta llegar a su hoyo. Una vez a salvo, orgulloso de su proeza y valentía, solo propias de su sangre azul, croó feliz.

Horas más tarde, dentro de la maleta que había hecho con cuero de vaca, guardó su traje blanco de príncipe encantado. Untó crema en sus granos y salió. Antes de partir, fue hacia la casa de sus padres. Tocó repetidas veces la puerta y, aunque oía risas en el interior, nadie le abrió. Un par de lagrimones inundaron sus enormes ojitos de sapo y gritó:

— ¡Zoy yo, papá! ¡Zoy yo, mamá!

Nadie abrió.

Entonces, emprendió la marcha. Al pasar por el charco, le invadió la melancolía. En eso, sin saber cómo, vio detrás a un gran número de sapos. Entre ellos estaba su familia entera y se alegró.

— ¡Largo de aquí! — su papá le arrojó una piedra y se alejó cabizbajo.

Todos los que estaban allí, incluyendo sus hermanos, empezaron a murmurar hasta que un grito unánime explotó lleno de croas furibundos y roncós.

— ¡Loco! ¡Loco! ¡Loco!

Y, “¡Loco!”, fue lo último que escuchó antes de desmayarse cuando una piedra le cayó en la cabeza. Todo oscureció y comenzó a soñar. Era de día y seguía siendo sapito. Croaba bajo la lluvia, comía mosquitos y era feliz. Su papá inflaba el pecho enorme y su mamá tejía con hojas secas unas bufandas amarillas. Él y sus hermanos jugaban con otros y nadie le insultaba. Entonces, sabiéndose sapito, saltó al agua y chapoteó con las gotas de la incipiente lluvia. Pronto, esta se tornó en tormenta y muchas nubes grises inundaron los cielos. Todo oscureció de improviso y despertó. Era de día nuevamente y él, otra vez, un sapo loco. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Recogió la maleta del suelo y se alejó. Dio vuelta por aquel recodo por donde ningún sapo debía ir y partió para siempre con su hermoso traje que él estaba seguro, segurísimo, era propio de un príncipe azul.

Tras horas de marcha, desde la cima de un pequeño monte, volteó. Del charco que fuera su hogar casi no había rastro, apenas un diminuto punto lejano. Sintió

un escozor sentimental y, por un instante, dudó si realmente era un sapo encantado o un sapito común y corriente. Miró su trajecito, su maletín de cuero genuino y dijo fuerte para convencerse: “Eztoy encantado, debo eztarlo”. Y saltando y saltando, prosiguió su camino...

Capítulo IV

El bosque embrujado

Durante meses caminó por las orillas del lago enorme que no tiene nombre hasta que una tarde llegó a las afueras del bosque embrujado.

Los árboles en ese lugar tocaban el cielo. Desde el interior podían oírse muchas voces, risas y el silbido del viento que parecía correr llamando a alguien.

El sapito meditó un momento y decidió que al día siguiente cruzaría el bosque.

Esa noche, poco antes de dormir, fijó sus ojos en la Luna. Las nubes blancas que la rodeaban parecían en conjunto un vestido de seda largo y vistoso, como confeccionado para una fiesta de gala en algún palacio. Y fue entonces cuando soñó por primera vez con su Princesa.

Al día siguiente se sintió más animado que nunca para atravesar el bosque.

— ¡Allá voy! — gritó para darse valor.

— Yo que tú no haría eso — lo detuvo un cerdito delgado.

— ¿Por qué?

— Porque allí pasan cosas raras — intervino otro cerdito, este sí gordo y con cara de flojo.

— Extrañísimas... — agregó un tercer puerquito bonachón—. Es un lugar peligroso. Todos los que han entrado para cruzarlo, se han quedado para siempre.

— ¿No hay otro camino? Nezezito zeguir mi viaje.

— ¡Tienes suerte! — dijo el delgado—. Nosotros estamos dedicados al negocio de la construcción. Si gustas te hacemos un puente...

— Y no de paja o de madera — añadió el más gordo—. No, no, no... De ladrillos, sí, señor. A prueba de lobos...

— Con garantía de tres años y si no, te devolvemos el íntegro del pago — finalizó el bonachón.

— Pero yo no tengo dinero.

— ¿No...? — el puerquito delgado arquéó la ceja—. Ah... caramba, qué pena... Así no podemos ayudarte. Tú sabes, los

materiales, la mano de obra, el transporte... Todo cuesta... Qué pena... Con esa maleta fina que tienes... Yo creí...

— ¡Habrías dicho eso antes! — se enojó el flojo —. ¡Qué falta de consideración!

— ¡Eso mismo digo yo! — chistó el último cerdito.

— Dizculpen...

— Bueno... No es culpa tuya ser pobre... — dijo el delgado.

— ¿Cómo que no es su culpa? Tendría que trabajar más.

— Lo ziento mucho...

— Bueh..., no todos tienen que tener un castillo, ¿eh?

— Oh, yo zí tengo uno. Es azul y muy grande. Con muchaz torrez y un puente levadizo...

— ¿De verdad? — lo miró con recelo el bonachón —. ¿Y qué más tienes?

— También tengo una Prinzeza que me quiere... Ez muy bonita, como la Luna, que anoche eztaba veztida para una fiezta...

— Ya, ya, claro, sí, seguro que es guapa. Todas esas son así — cortó el flojo mi-

rándolo con interés —. Cuéntanos... Aparte de tu castillo, ¿tienes tierras?

—Por zupuezto... Tengo villorioz y comarcaz. Mi reino ez enorme...

—¿Y cómo no tienes dinero?

—Lo que paza ez que eztoy encantado... ¿No ze habían dado cuenta?

Al escuchar esto, el cerdito delgado que era el más listo de los tres, echó una mirada veloz al sapito. Su atención se detuvo de nuevo en la maleta de cuero. Al instante sacó cuentas de las futuras obras que podría hacerle al príncipe una vez roto el hechizo. En su imaginación, vio su negocio próspero y a él mismo lleno de dinero y obteniendo licitaciones para construir castillos, ciudades, puentes y más puentes para cruzar esos mismos puentes. Entonces, lleno de interés habló:

—Desde el principio me percaté de eso, su majestad — hizo una venia.

De inmediato, los dos hermanos se le acercaron y le preguntaron al oído.

—¿Qué pasa?

—Sé cómo acaba su historia — respondió en voz baja —. Miren su maleta. Es

de cuero. Solo la realeza tiene esas cosas. Eso significa que él sí está encantado... De momento hagan lo mismo que yo y seremos ricos.

— Bien — dijeron los dos cerditos.

— Eh... Perdonen que lez interrumpa — alzó la voz el sapito —. Puezto que no me pueden ayudar, ¿al menoz me podrían uztedez dezir qué direczió n debo zeguir para cruzar máz rápido el bozque?

— Cualquiera, su realeza — dijo el flojo.

— Lo que sucede es que el bosque está embrujado... — explicó el delgado —. Si uno entra y quiere atravesarlo para ir a algún sitio en particular se va a perder. El truco es caminar como quien pasea y de pronto, ¡zas!, ya uno está del otro lado.

— ¿Entonzes puedo entrar zolito por cualquier zitio?

— Sí, pero no podemos consentir que camine usted solo exponiéndose a tanto peligro... Si lo permite, nos ofrecemos para acompañarlo.

— ¿No ez moleztia?

— Para nada, su realeza — respondieron los tres cerditos en coro y se inclinaron

ante le sapito, quien se sintió más príncipe que nunca.

Y así, los cuatro, como quien pasea, entraron en el bosque.

Apenas habían avanzado unos pasos cuando, entre la espesura, el sapito vio a una niña que corría de un lugar a otro riéndose mientras que, a pocos metros, la seguía un lobo feroz.

— Hay que ayudarla...

— No... No hace ninguna falta, su majestad — mintió el cerdito flojo —. Es la Caperucita... Siempre juega a las escondidas con el lobo.

— ¡Qué coincidencia! A mi Prinzeza también le guztan ezoz juegoz... Todaz laz nochez ella ze divierte mucho con loz luzeros y laz eztrellaz...

— ¿Han visto a la Rizitos? — rugió de pronto un oso grande frente a ellos.

— No... — respondió serenamente el cerdito delgado —. ¿No me digas que ha vuelto a entrar a tu casa?

— ¡Sí! — gruñó el oso —. ¡Esa infeliz no respeta nada! ¡Es la quinta vez que lo desordena todo y se pone a dormir en

nuestras camas cuando estamos de viaje!
¡Es una malcriada!

— Quizá tenga frío y hambre. Pobre-
zita...

— ¡Para eso tiene a sus padres! ¡Yo me
rompo el lomo trabajando y esa majadera
se come toda nuestra comida! ¿Y ahora
qué le doy a mi pobre cachorrito?

— Sí, pues... — asintió el puerquito
bonachón—. Esa Rizitos es insoportable.
Hay muchos que se la tienen jurada.

— Lo peor es que, además, ahora va-
mos a tener que quedamos en casa lim-
piando y barriendo todo lo que esa mo-
cosa ha ensuciado — refunfuñó el oso—.
Justo hoy, el día de la competencia. ¡Rayos!

— Cálmate... — se le acercó el cerdito
delgado y le palmeó el lomo gris—. Sabes
muy bien que esa carrera no es gran cosa.
Siempre gana la tortuga, ¿o no?

— Sí, pero es que... Es que... yo... le he
apostado a la liebre.

Los tres cerditos estallaron en risas.

— ¡Cómo se te ocurre!

— Porque pagan un millón a uno y si
la liebre ganase, yo me volvería multimi-

llonario y ya no tendría que romperme el lomo que ya no está tan gris como antes...

—Zeñor ozo, va a ver que le va a ir muy bien. Y zi no ez azí, cuando ze rompa el hechizo y recupere mi reino, tenga por zeguro que le ayudaré... Le doy mi palabra de honor...

—Gracias... —respondió el oso y se marchó mientras los tres cerditos se reían entre dientes.

—Si su alteza no se opone, sugiero que vayamos por aquí —el puerquito delgado señaló un sendero.

—Puez, adelante...

Caminaron cerca de una hora hasta que llegaron a un claro donde una casita hecha de dulces se caía a pedazos.

—¡Piedad! ¡Piedad! —se les acercó una ancianita.

—¿En qué podemos zervirle?

—Mi casa... —hipaba ella—. Dos niños se la han estado comiendo. Mire cómo han dejado mis deliciosas columnas de caramelos. ¡Las han destrozado!

De inmediato, el cerdito delgado vio un negocio ante sus ojos...



Y negocios, claro, siempre son negocios.

— ¡Que grata coincidencia! Justamente nosotros tenemos una empresa de construcción — alzó su pezuña.

Y sin esperar a que la viejita diga esta boca es mía, sacó su libreta y un lápiz e hizo cálculos porque además era muy bueno en matemáticas:

— Uno más uno, dos, y dos y dos son cuatro y, cuatro por cuatro, dieciséis. Ajamm... Ujummm... Ahora los impuestos...

Sus ojos brillaban contentos hasta que finalmente arrancó la hoja que había escrito y se la dio a la ancianita:

— Esto es lo que va a costar la reparación. Le he hecho unos magníficos descuentos solo por tratarse de usted...

— ¿Tanto? — gimió ella —. Yo no tengo esa cantidad.

— Lo siento, señora — dijo el cerdito delgado fingiendo una voz muy sentida —. De verdad, yo quisiera cobrarle menos, pero no puedo... Usted sabe lo cara que está la vida en estos días... Hay una

crisis mundial, sabe... ¿Acaso no ve las noticias?

—Sí, pues, además hay que considerar los materiales, la mano de obra, el transporte... y seguro usted todo lo va a querer hecho de dulces, ¿no es cierto? —intervino el cerdito gordo, que si bien no era tan listo como el delgado, tampoco es que tuviese un pelo de tonto—. ¿Ya ve? Eso incluso es más caro, porque para cocinar las galletas del tejado se necesitan chefs internacionales...

—Y qué decir del precio del azúcar que sube día a día... —el puerquito con cara de bonachón quiso parecer un entendido en economía y esas cosas complicadas—. ¿No ha oído usted de la inflación dulcera? Está en 30,8%. Eso aumenta todo.

La viejita miraba a todos lados como pidiendo auxilio.

—A ver... Pázenme eze papel... —intervino el sapito muy solemne.

En un santiamén el cerdito delgado se lo alcanzó.

—¿Ez eze el prezio juzto? —el sapito miro a los tres atentamente.

Aunque al bonachón la conciencia le mordía, se la aguantó como los machos.

—En realidad debería ser un poco más —dijo el flojo—, pero ese precio es razonable.

—Bueno, entonzez hagamo z una trato. Qué lez parece zi yo lez prometo que cuando ze rompa mi hechizo, lez pago diez vezez eze prezio y, ademáz, loz nombro conztructores ofizialez de mi reino... ¿Qué dizen?

“¡Bingo!”, pensó el cerdito delgado y aceptó. Fue así como los tres cerditos se pusieron manos a la obra.

La viejita no podía creerlo.

—Gracias —le dijo una y mil veces al sapito—. No sé como agradecérse lo.

—No tiene por qué... —contestó él, humildemente.

—Quizá tenga usted hambre... ¿Le apete cen unas galletas de vainilla?

—¿Qué ez ezo?

—Ah... Son una delicia... En la alacena me quedan solo dos paquetes. En un momento se los traigo —se puso de pie—. Estoy segura que le van a gustar...

La ancianita se fue y volvió en un tris con lo que había prometido. El sapito con cierta desconfianza probó un pedacito y le encantó.

— Mmm... Ez lo máz zabrozo que he probado en mi vida.

— Se las regalo. Son todas tuyas...

— Muchaz graziaz... — respondió y se terminó el primer paquete sentado al pie de un árbol.

Así pasó la tarde y, cuando llegó la noche, el sapito se echó dormir para soñar con su Princesa.

No muy lejos de allí, los tres cerditos se apartaron sigilosos hasta estar seguros de que nadie pudiese oírlos.

El cerdito delgado fue el primero en hablar:

— Ese sapo es nuestro boleto al dinero.

— ¿Estás seguro? No vaya a ser que estemos trabajando en vano... — advirtió el flojo.

— ¿Y si te equivocas? — el bonachón frunció el ceño.

— ¡Caramba! Ya les he dicho que conozco el cuento. Al sapo tiene que besarlo

una princesa y listo, se rompe el encantamiento y todos ganamos...

— Si es así, ¡ya la hicimos! — se alegró el flojo —. ¡En este bosque lo que sobran son princesas!

— ¡Baja la voz o quieres que nos escuchan! — lo interrumpió el bonachón —. ¡Tonto!

— ¡Tú lo serás! — le empujó el flojo.

— ¡No, tú!

— ¡Tú más que...!

— ¡Ya basta! — los separó el delgado —. Escuchen bien... Pasado mañana quiero que me cubran y trabajen como nunca para que nadie se percate de mi ausencia. ¿Entendido?

— ¿A dónde vas?

— A buscar a Blancanieves...

— ¿Y por qué a ella?

— Porque es una princesa, pero, sobre todo, porque es la más tonta de todas... Les apuesto a que la puedo convencer de besar a nuestro sapo sin ningún reparo.

— ¡Eso es cierto! — el flojo y el bonachón estallaron en carcajadas frotándose las pezuñas.

Esa noche, los tres cerditos durmieron felices, riendo hasta en sus sueños que estaban repletos de riquezas y muchos, muchos contratos de construcción.

